

# España lo sabía

*Un golpe militar derribó la feroz dictadura de Francisco Macías en Guinea Ecuatorial. En once años de gobierno por el terror, el tirano destruyó al país y a su pueblo. España, que conoció de antemano el golpe, apoya ahora el proceso de reconstrucción*

**L**AS autoridades españolas estaban al tanto de la situación en Guinea Ecuatorial cinco días antes del golpe de Estado que, en la madrugada del viernes al sábado, derrocó al presidente Francisco Macías Nguema. Desde Río de Janeiro, informa José Oneto, enviado especial de CAMBIO16.

Según fuentes dignas de crédito, tanto el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, como el ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja, estaban informados de que la deteriorada situación política guineana podría terminar con el derrocamiento de Macías, aislado en su búnker palaciego, el más espectacular y lujoso de todo África.

Cinco días antes de producirse el golpe

de Estado, la embajada española en Libreville enviaba a Madrid al Ministerio de Asuntos Exteriores un cable cifrado dando cuenta de que había síntomas de que podían producirse acontecimientos importantes en la antigua colonia española. Las bases de información secreta y reservada se apoyaban en el reforzamiento de la vigilancia en determinados centros oficiales y, sobre todo, en cierto malestar que se había podido detectar en algunos sectores de las Fuerzas Armadas firmemente controladas por el presidente Macías y que periódicamente habían sufrido importantes purgas. Tras la información primera llegada al palacio de Santa Cruz, los responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores contactaban con la embajada en Duala (Gabón), en donde se encuentra el principal centro de refugiados de Guinea.

Veinticuatro horas más tarde, martes 31 de julio, las informaciones procedentes de Duala confirmaban que efectivamente se podían producir importantes acontecimientos en el continente y no en la isla. Como se sabe, la isla que cambió su nombre de Santa Isabel por el de Isla presidente Macías es de minoría *bubi* y estuvo, por la represión efectuada por Macías, permanentemente enfrentada con el dictador que pertenece a la etnia *fang*.

Las informaciones procedentes de Duala indicaban además (datos que coincidían con los proporcionados por el vicescanciller español en Bata, el único funcionario que permanencia en Guinea), que el teniente coronel Teodoro Obiang Nguema, pariente lejano del depuesto presidente y responsable de las Fuerzas Armadas, se negaba a despachar con Ma-

cías. El dictador que se encontraba en el continente había hecho llegar al coronel Teodoro Nguema su deseo de despachar algunos asuntos importantes referentes, al parecer, a la situación creada por una reciente huelga de funcionarios públicos.

La información en poder de los españoles fue considerada tan importante que Marcelino Oreja, que se encontraba en su finca de El Escorial, decidió trasladarse a Madrid en el momento en que comenzaron a llegar las primeras informaciones.

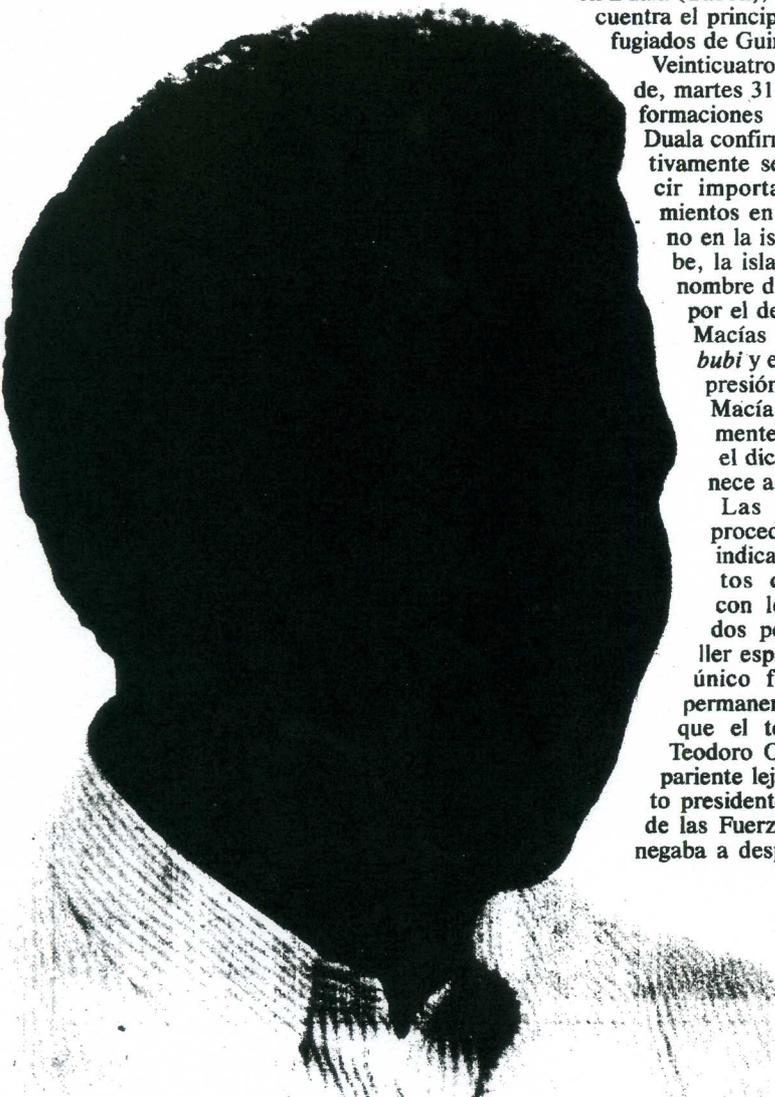
Antes del Consejo de Ministros celebrado el viernes día 3, Suárez fue informado ampliamente por Marcelino Oreja y se decidió que una misión española estuviese preparada para partir para Guinea. Veinticuatro horas antes del golpe, dos embajadas por lo menos (la de Estados Unidos y la de Francia) fueron informadas por las autoridades españolas. La información fue puramente descriptiva de lo que estaba pasando y parece que fue transmitida porque ninguna nación tenía datos de lo que ocurre en un país que prácticamente no tiene embajadores extranjeros.

España sólo tiene un funcionario, ya que las relaciones diplomáticas están rotas desde los últimos ataques de Macías al Rey Juan Carlos, al que amenazó públicamente en un discurso, entre aplausos de los cientos de asistentes, de «arrancarle el corazón».

Tras el despacho de Suárez con Oreja (el Consejo de Ministros reunido el día 3 no recibió ningún tipo de información), el canciller se puso en contacto con el director general de África, Pedro López Aguirrebengoa, al que se le dio órdenes para que estuviese preparado para trasladarse a Bata en el momento oportuno. Suárez y Oreja recibieron la noticia del golpe (que se produjo a las tres de la madrugada del viernes al sábado) cuando ya se encontraban en vuelo hacia Río de Janeiro en la tarde del sábado 4. Informado a través de la radio del DC-8 de la Fuerza Aérea Española que tiene un sofisticado sistema de comunicaciones que permite el contacto directo por radio con la Moncloa y, a través del gabinete telegráfico con el palacio de Marivent en Palma de Mallorca, residencia del Rey, se dio luz verde para que la misión española saliese para Guinea.

El mismo sábado la misión presidida por Pedro López Aguirrebengoa e integrada por Mariano Uriarte y Sánchez Lara se trasladaba a París para, al final de la tarde del sábado, llegar a Duala (Gabón).

Francisco Macías Nguema: Genocida de su pueblo



Los primeros contactos de dos de los miembros de la misión (Uriarte y Sánchez Lara) se establecieron el domingo día 5. Tras una corta entrevista con el hombre fuerte de Guinea, Teodoro Obiang Nguema, se decidió que el director general de Africa se trasladase al día siguiente, lunes, a Bata.

La entrevista entre la misión de Madrid y el nuevo presidente guineano duró más de dos horas y fue seguida de una comida, calificada en círculos oficiales como de «muy cordial».

Durante la entrevista se abordaron temas que afectan al desarrollo de Guinea, país sumido en la miseria y en la ruina por Macías, un dictador que nada tiene que envidiar al derrocado Amin Dada de Uganda. Macías, que desde su nombramiento fue ayudado por el notario español Antonio García Trevijano, autor de la Constitución dictatorial del país, se había convertido en uno de los tiranos más sanguinarios del mundo y se encontraba prácticamente aislado y sin relaciones internacionales.

A partir de ahora España se ha comprometido a ayudar económicamente a Guinea con el envío de técnicos, alimentos y, sobre todo, medicinas para una epidemia de poliomielitis declarada recientemente y que amenaza con diezmar gran parte de la población joven del país.

La semana pasada partieron dos aviones, con ayuda sanitaria, para la antigua colonia española. La misión será presidida por el secretario de Estado, Carlos Robles Piquer.

Por último, en cuanto a la situación guineana el presidente Suárez y las autoridades españolas han negado cualquier participación en una revuelta que tarde o temprano era inevitable. España simplemente lo supo antes y con rapidez tomó medidas de cobertura política. Medidas que beneficiarán al papel español en Africa.

Desde la independencia, en 1968, después de 190 años de régimen colonial es-

pañol, Macías se convirtió en el genocida de su propio pueblo y el destructor de su país.

Las cifras son escalofriantes: de 400.000 personas que habitaban en Guinea Ecuatorial en momentos de la independencia, sobreviven un tercio, de las cuales 25.000 estaban esclavizadas en régimen de trabajos forzados y otras 5.000 agonizaban en las cárceles.

Una economía de relativa prosperidad, alrededor de 260 dólares per cápita, fue arrasada hasta un nivel que linda en el pauperismo: entre 50 y 70 dólares actualmente.

La producción de café ha disminuido en una sexta parte y la superficie total cultivada es un tercio de lo que se laboraba en el momento de acceder Macías al poder. Es tal el colapso del sistema económico que mientras en 1967 recalaban en puertos guineanos 667 barcos mercantes, el último año sólo se atrevieron a fondear diez naves.

Desde su llegada al poder, Macías se dedicó a consolidar una dictadura basada en el terror. Primero purgó al Ejército, eliminó a los dos líderes, Ondo Edu y Atanasio Ndong, disolvió los grupos políticos y creó e instauró el partido único.

Los asesinatos en masa forzaron el éxodo de población, al mismo tiempo que las unidades agrarias de producción y las empresas con personal extranjero eran destruidas por la xenofobia desatada por Macías. Con un ejército propio y el terror que ejercían sus propias milicias, la Juventud en Marcha con Macías, el régimen se institucionalizó en una nueva Constitución que, en 1973, consagró al tirano como presidente vitalicio.

Para entonces, Macías ejercía nada menos que 46 cargos y se abrumaba en condecoraciones y títulos honoríficos: «Milagro Único de Guinea», «Padre de todos los niños», «Maestro de la educación, de las ciencias y de la cultura», etcétera. Sus padres sólo podían ser aludidos como «santos» y, por ley, cualquier alusión

ofensiva al presidente se castigaba con la muerte.

Por supuesto, estos excesos no podrían haber subsistido sin la negligencia que exhibieron, primero, las autoridades españolas, y el apoyo que encontró después Macías en algunos países africanos y, fundamentalmente, el que le brindaron la Unión Soviética, China y Cuba, que proporcionó, incluso, soldados para la escolta personal del tirano. Francia también mantuvo en todo momento una actitud ambigua que le permitió ser el único país europeo con representación en Guinea.

A Macías le quedó finalmente un solo hombre de confianza: su sobrino y viceministro de Defensa, teniente coronel Teodoro Obiang Nguema, uno de los pocos funcionarios del régimen que siempre se mostró proclive a un acuerdo con España. Al parecer, fue decisiva la actuación del teniente coronel Nguema en el intento de desembarco de mercenarios en 1973. Según el prestigioso anuario británico *Africa Guide*, el jefe militar frustró un golpe de Estado contra Macías en noviembre de 1977.

En fuentes opositoras se sabe que el teniente coronel Obiang Nguema estaba obsesionado por la idea de que a la caída de Macías se produjera la partición de Guinea: la isla de Fernando Poo, rebautizada con el nombre del dictador, pasaría a Nigeria; la parte continental, a Camerún, y las islas sudecuatorias, a Gabón.

Estas circunstancias y una feroz purga entre sus parientes de la guardia pretoriana, que costó la vida al hermano de Obiang Nguema, parecen haber precipitado la decisión del teniente coronel de terminar con Macías.

Los apoyos internacionales que buscó Obiang Nguema para consolidar su propósito parecen, por su actitud posterior a la sublevación, orientados a Francia y España.

A fin de semana, el dictador resistía en su aldea natal. Era un acto desesperado condenado al fracaso. ■